

# UN SÍNDROME CON EL «FASTENRATH»

Lorenzo López Sancho

*El síndrome de Estocolmo* es algo más que el impulso paradójico de adhesión de la víctima hacia su torturador; del secuestrado al que le somete a la humillación última del secuestro. Es también el impulso no resistible con el que el lector, yo mismo en este caso, experimenta curiosidad, primero, identificación, después, con las vivencias, con las ilusiones a veces indisimuladas, con las nostalgias del escritor que se las cuenta.

Ese síndrome es el que me «colgó», como si en cada página hubiera una «raya» de coca que entrara en vez de por la nariz por los ojos, a la tercera página de un precioso librito editado con coquetería por Mondadori, escrito por mi paisano y amigo Antonio Pereira, bajo el título -banderín de enganche en lo actual- de *El síndrome de Estocolmo*.

Hay un momento en que la peripecia humana, la aventura mínima de un espíritu, sale de la subjetividad y sube a lo que don Eugenio, «el de la ceja nemorosa», que decía Pérez Creus, llamaba categoría. Categoría de lo humano. De lo que te toca a ti, amigo, como me toca a mí, y también, aunque nos enoje, al que nada tiene, al parecer, de común "con nosotros; al que, por eso, consideramos enemigo. Y acaba por ser no ya nuestro semejante, sino nuestro prójimo, nuestro próximo. Pereira conoce, saborea, recrea esos momentos tan singulares, tan, sin embargo, multitudinarios, y parece hacer de ellos su lema a lo Terencio: «Homo sum: humani nihil a me alienum puto.» Nada que es humano me es ajeno, reduciendo la cita. Lo que el escritor condensa de la realidad vivida es aquello que a nadie puede ser ajeno. Por humano.

A lo largo de esa decena y media de relatos, breves he pensado muchas veces en Chejov, la técnica, impresionista, es muy semejante. Si parece más moderna es porque el mundo referencial es más moderno la psicología se instala en el toque de lo circunstancial, en el filón secreto de lo humano. A uno le ha fallado siempre ese ligue misterioso que al escritor, por viajero arbitrariamente interpuesto, le sucede El vuelo entre Madrid y París, y más todavía la ilusión de conquistar a una mujer, si fuera rusa tampoco sería inconveniente, diciéndole palabras desatinadas, versos de otros, en un enjuague distinto al de ella, sólo por el valor del ritmo, de la poesía incubada en los acentos y las sílabas.

Me estoy refiriendo a algo que ya dije antes: la identificación. Hace años que no me identificaba con ningún personaje de novela. Pereira logra identificarme con los suyos, que resultan ser siempre él, siempre el que relata, arteramente disimulado en fingidas indiferencias. He aquí, me dije, un pequeño gran libro. Una hazaña de escritor. Me apresuré a llamarle. No estaba en casa. Se lo dije a su mujer. Ahora se lo dice la Academia al otorgarle el Fastenrath. ¡Qué éxito el mío! Suspendo el tecleo. Me miro. *El síndrome de Estocolmo* ha hecho una víctima más, yo, que me apropio, gracias al placer de una lectura, el éxito de un escritor que ya era antes, si no lo sería desde ahora, un amigo.